

Alba Carosio*

FEMINISMO LATINOAMERICANO: IMPERATIVO ÉTICO PARA LA EMANCIPACIÓN

*La ética, para nosotras, antecede
a la política y la redefine.*

Marcela Lagarde

*El grado de la emancipación femenina constituye
la medida natural de la emancipación general.*

Karl Marx

El “capitalismo en su fase globalizada” pretende hacer del planeta un espacio único y sin fronteras para el dinero, las mercancías y los servicios; se propone el imperio de lo económico por encima de consideraciones éticas y políticas. En el centro de esta concepción está la idea de que el crecimiento económico es un fin en sí mismo y el mercado con sus principios se presenta como natural e ineludible, siendo el gran regulador de la vida humana. Se postula que bajo la gran mano del mercado se lograrán para la humanidad el progreso y la felicidad completa; el mercado se presenta como la garantía de la realización humana que se cumple a través del consumo soberano. La globalización capitalista fue acompañada y favorecida por la difusión del modelo de sociedad de consumo y, en consecuencia, la mayoría de la población mundial no sólo ambiciona la posibilidad de escoger entre distintas ofertas de

* Doctora en Ciencias Sociales. Directora del Centro de Estudios de la Mujer, Universidad Central de Venezuela. Participa en iniciativas sociales y proyectos de investigación feministas desde 1978.

mercancías y participar en el estilo de vida de los países industrializados, sino que considera esta posibilidad como contenido esencial de la libertad individual y la autorrealización.

Como parte de este proceso, América Latina fue golpeada durante los noventa de modo brutal por un neoliberalismo primitivo impuesto sobre estructuras de desigualdad y miseria, que promovía un modelo de consumo hedonista de pequeñas capas de la población. La globalización fue avanzando, impulsándose con la racionalidad neoliberal que concibe al mercado no sólo como la institución social que asigna eficientemente los recursos, sino como regulador de decisiones sociales, como guía de políticas y, todavía más, como valorador de seres humanos y distribuidor de felicidades. Las sociedades latinoamericanas fueron arrojadas por una globalización capitalista que –con el trasfondo de la decepción de la política como vía para la construcción de utopías– aparecía como única alternativa posible. Bajo el peso de la desocupación y la flexibilización de los mercados de trabajo, la vida cotidiana se fragmentó y se concentró en las actividades y capacidades individuales para el goce o la “sobrevivencia”. Tuvieron lugar una serie de transformaciones que fueron presentadas como una “revolución silenciosa” en América Latina, que iba modificando las formas de vida cotidiana porque el mercado pasó sobre los mapas y arrasó con las diferencias geográficas. La vida cosmopolita se presentaba en Latinoamérica como la única vida deseable y posible para todos y todas.

Susan George (1999) plantea que el neoliberalismo desarrolló una amplia estrategia de promoción y penetración intelectual a partir de su embrión en la Universidad de Chicago; los neoliberales y sus patrocinadores crearon una enorme red internacional de fundaciones, institutos, centros de investigación, publicaciones, con académicos y escritores que conformaban un tejido de relaciones públicas, para desarrollar, empaquetar y promover incansablemente sus ideas y doctrinas. Y lograron hacer que el neoliberalismo pareciera la condición natural y normal de la humanidad, y el consumo su expresión más acabada. La idea de un consumo ilimitado, creciente y satisfactorio abrió los caminos para la penetración neoliberal, mientras organismos como el Banco Mundial desarrollaron los planes de penetración de sus ideas y filosofía.

El ajuste organizacional que trajo el posfordismo supuso el abandono del objetivo del pleno empleo y el deslizamiento hacia formas de empleo sin seguridad social (llamadas flexibles por algunos, e informales, por otros). El neoliberalismo en Latinoamérica significó el desmantelamiento del Estado y la desregulación del sector privado, y con la expansión de las tecnologías comunicacionales aumentó la velocidad y el poder encantador del mercado. Pero, como señala Martín Hopenhayn (1999: 20), en este ambiente sociocultural “crece simultáneamente una

cultura de expectativas de consumo y una cultura de frustración o sublimación de aquellas”.

A partir de la década del noventa, las ciudades latinoamericanas fueron cambiando fisonomías; se abrió una brecha cada vez mayor con las zonas de pobreza extrema, al tiempo que apareció el *mall* o gran centro comercial, como centro de diversión y esparcimiento ciudadano por excelencia. Los paseos se desplazaron de los parques tradicionales de cada ciudad a los *shoppings*, que se imitan entre sí en todo el planeta. Los espacios públicos se privatizaron: calles cerradas y con vigilancia, economía informal, etc. Y se volvieron lugares donde la sociabilidad está condicionada y no todos son bienvenidos. Paralelamente se fueron conformando amplias zonas de hábitats precarios.

El modelo globalizador se apoya en un fuerte imaginario que se propone como integrador e igualitario, pero segregación, exclusión y desigualdad son la otra cara de la misma moneda. El mercado se postula como universal, pero se basa en la selectividad y la segmentación; su dinámica consiste en atender a los grupos con capacidad de compra de manera exclusivamente creciente. Y ellos y los estilos de vida que generan prevalecen sobre la universalidad de los derechos. La vida completa se incluye en el mercado, todo se mercantiliza, es decir, adquiere precio para ser parte del intercambio. En la globalización, la hegemonía del mercado, con sus criterios y sus leyes de valor, fue integrando todos los aspectos de la vida cotidiana y absorbiendo cada vez mayores espacios de la vida y la convivencia social.

La mercantilización fue conduciendo a la reducción de la motivación del obrar, a la exigencia de obtener los recursos necesarios para satisfacer las propias necesidades y deseos de consumo, y a la reducción de la libertad (de la libre subjetividad) a mero presupuesto general para establecer relaciones contractuales y acceder al universo del mercado y de las mercancías. Esta transformación de la subjetividad en función del sistema no sería posible sin la institucionalización social del cálculo económico de mercado como parámetro general del obrar humano, apoyado en la continua juridización de todos los ámbitos de la vida, hasta el más íntimo y recóndito detalle. Un creciente número de normas y reglas se hacen necesarias para garantizar el funcionamiento de una vida social como suma de individualidades relacionadas por mercancías. Y así, los problemas éticos y políticos se transformaron en problemas resolubles en la individualización judicial (Santos, 1998: 422).

En este esquema las y los individuos de la modernidad reflexiva crean sus vidas, y construyen sus propios patrones de ocupación, familia, género, vecindad y nación. El ser humano se transforma en una elección entre posibilidades, en un *homo optionis*: en el capitalismo tardío “todo debe decidirse”. El tipo de sociedad individualizada que ha

desarrollado Occidente lleva a la “necesidad de buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 31-44). La vida humana se volvió un conjunto de riesgos y libertades precarias. Las personas están obligadas a “vivir su propia vida” en un mundo cada vez más interconectado, que además presenta cada vez mayores riesgos ambientales, desempleo, pobreza, etc.; no obstante, en este ambiente cultural los acontecimientos de la vida no se adscriben a causas ajenas sino a decisiones u omisiones individuales.

Han ido apareciendo elementos de una nueva ética a partir del sistema de valores de la individualización; una nueva ética basada en el principio de la obligación con uno mismo. Se consolidó en la expansión globalizadora un sustrato cultural narcisista, donde el individuo es el centro de todos los derechos, especialmente fundamentados en la primacía del derecho al placer (Lipovetsky, 2004). Todo ello condujo a la pérdida del sentido de deber y a un desmesurado sentido de los derechos. El individuo moderno se cree con un derecho exclusivo a gobernar su vida y defender a ultranza un vago instinto de lucha por su bienestar (anclado en los placeres inmediatos del consumismo). El único deber y responsabilidad que tiene es para consigo mismo. Los deberes para con el otro se banalizan y se trivializan en función de intereses, beneficios y placeres propios. El bienestar pasa a estar sobre el bien.

Roberto Follari (1990) se refiere a una “inflexión posmoderna”, dentro de la cual los postulados revolucionarios de los años sesenta y setenta fueron absorbidos y devueltos en formato edulcorado. De manera que hay un cambio cultural pero no hay modificación de las relaciones de dominación: la valoración de la expresividad y la diversidad se traduce en un todo vale y la tolerancia se vive como un abandono de la preocupación por lo colectivo y lo común. En este nuevo diseño social, la libertad fue re-semantizada y se interpreta como libertad de comercio y de consumo. El consumo, la gran utopía del capitalismo tardío, fue también la manera de ocultar las realidades dramáticas de la miseria generada por el sistema.

Además, la reestructuración de la actividad productiva bajo el modelo toyotista tuvo profundas repercusiones en la subjetividad, profundizando y exacerbando el individualismo. Este individualismo del capitalismo tardío asumió una forma más trágica en la periferia del mundo. Mientras las industrias culturales de entretenimiento presentan el modelo de vida centrado en el consumo como el único válido y posible, fue multiplicándose e invisibilizándose la masa de pobres descartables para el circuito económico de privilegio. El imperialismo cultural tiene un objetivo económico, generar mercados para sus productos, y otro político, atomizar a los individuos separándolos de sus raíces culturales y sociales.

La globalización fue extendiéndose en América Latina con esquemas de vida económico-cultural: la *mercantilización* progresiva de cada vez más amplias esferas de la vida personal y social; y la *cultura del consumo*, que impone la apatencia de la satisfacción inmediata y constantemente cambiante de los deseos, y propone una moral hedonista presentista que interpreta como autonomía subjetiva. Las capas privilegiadas latinoamericanas fueron viviendo la utopía estético-narcisista bajo la seducción cotidiana de la prosperidad material, mientras se fue ampliando la brecha de pobreza.

Debido al carácter multidimensional de la globalización, esta no puede leerse sólo en clave económica; también es preciso analizarla en su esencia cultural y política. Y es que la globalización económica sería un fracaso si al mismo tiempo no se intentasen “neoliberalizar” las conciencias. En efecto, la globalización neoliberal, basada en el énfasis en la productividad, la eficiencia y la recompensa financiera, y el disfrute consumista, acentuó el individualismo y la competencia, y profundizó la tolerancia y aceptación de la desigualdad social e incluso de la codicia: el viejo discurso conservador de que la desigualdad como hecho “natural” imposible de erradicar se actualizó con la filosofía del mérito y del esfuerzo personal, y el mundo se comenzó a entender como un mundo de “ganadores y perdedores”, o, como afirma Bauman, un mundo de “turistas y vagabundos”.

En el ambiente del capitalismo tardío globalizado, las mujeres de las capas medias y altas se convirtieron en objetivo principal de las estrategias de mercadeo y consumo de las grandes corporaciones. En el imaginario de ellas, se instaló el ideal de la mujer autónoma en sus deseos y sus satisfacciones, exitosa profesionalmente, independiente y perfectamente ajustada a un modelo de belleza y eficiencia profesional y personal. Algunas mujeres de capas privilegiadas lograron incorporación efectiva al modelo predominante de desarrollo, pero bajo determinadas condiciones de eficiencia, con dislocación de la vida personal cotidiana.

Las mujeres de “éxito” comenzaron a ser parte del paisaje de la posmodernidad latinoamericana, ejecutivas y profesionales mostradas por empresas y organismos gubernamentales como signos de la democratización del poder. Perfectas en sus trajes impecables, y en su belleza de cosméticos y bisturí. Mujeres que gastan cantidades ingentes de dinero en su apariencia porque la presencia física debe ser políticamente correcta: la imagen personal es entendida como una inversión profesional. En ellas, el cuerpo se vuelve imagen. Estas mujeres son el gran negocio para las compañías de la categoría cuidado personal, mucho más exigentes consigo mismas de lo que lo son quienes las rodean, desposeídas de su propia corporalidad por el imperativo estético.

Las mujeres son consideradas por los expertos en marketing como el principal mercado demográfico, segmento principal de las estrategias de mercadeo y las decisoras de las compras del hogar. Y por eso son objetivo frecuente del proceso de apertura de mercados. Se trata de dar forma a sus aspiraciones a través de la publicidad que “muestra cómo puede ser tu vida”. Las mujeres que aparecen en los medios se vuelven más reales que las mujeres reales, porque son arquetipos ajustados a un modelo; constituyen un escaparate en el que se miran las mujeres porque presentan una femineidad idealizada. Es una imagen homogeneizada de las mujeres, con estrictos cánones de belleza, que ignoran la complejidad de las mujeres reales. Paralelamente, se propone el discurso de la supermujer: mezcla de modelo, profesional y ama de casa. Y se presenta la imagen de la mujer glamorosa, con el mensaje predominante de que comprar es sexualmente apetecible. Es en base a estos imaginarios que se impulsa el consumo. El sexo pasó de ser una parte negada de las mujeres a ser un eje fundamental en la vida, que incluye la obsesión por la belleza, la delgadez¹, la clase, en orden de ser deseadas sexualmente.

Subyace a esta manipulación la socialización femenina en la relación con su corporalidad que impregna el imaginario colectivo y la subjetividad de cada una de las mujeres y, a la vez, constituye uno de los aspectos normativos con mayor incidencia en la desigualdad de poder entre hombres y mujeres. La imagen corporal es un constructo complejo, integrado por percepciones, creencias, pensamientos o actitudes hacia el cuerpo, pero también por experiencias y sentimientos que el cuerpo produce y las conductas relacionadas. En la posmodernidad de consumo, los medios de comunicación audiovisual a través de películas, publicidad o TV relacionan la felicidad con la imagen del cuerpo, asociando hermosura, bienestar y salud, y apalancando en esta articulación los deseos de compra. Modelos, deportistas, actores y personas con imagen pública transmiten este mensaje; es una especie de salvación o redención individual a través del físico, tan extendida que se habla de epidemia de culto al cuerpo. El cuerpo se convierte en el referente más importante de la propia identidad que homogeneiza valores a falta de otros de diferente naturaleza. Se asocia con felicidad, éxito, estatus social y autoestima, y la relación de autoestima con imagen corporal es motivo y fuente de angustia. El deseo de alcanzar el modelo ideal y la imposibilidad de lograrlo provocan un conflicto entre lo ideal y lo real, que es más fuerte en las mujeres que en los hombres.

¹ Los trastornos alimentarios, bulimia y anorexia, producidos por la presión al ajuste con el canon de belleza, han ido en aumento. La mayoría de las mujeres está insatisfecha con su peso y desearía ser más delgada.

En las promociones del consumo, se manifiesta la actualización ideológica patriarcal que promueve el cuerpo-cosificado-para-el-placer y el culto estético del cuerpo como experiencias valorizantes de género, de avanzada, modernas, signo de emancipación, frente al cuerpo-procreador, testarudamente vigente. En cualquier caso, la enajenación sexual, corporal, ahora centro de deseos y promovida como emancipatoria, resulta adaptativa y sobrevive a otros ámbitos de la condición de la mujer resignificados.

Las mujeres se encuentran en el centro de las estrategias de promoción del consumo y se identifica a la mujer moderna con la mujer sumergida en la cultura del consumo. Las compras pasaron de ser una actividad funcional, tarea femenina parte de sus labores domésticas, a una forma de entretenimiento y distracción. Toda la industria de la comunicación refuerza esta identidad de las mujeres como consumidoras. Y aunque ocasionalmente se apela a la consumidora racional, la mujer como consumidora es considerada emocional e impulsiva, dominada por deseos inarticulados. Los anunciantes apuntan a dos fábulas principales: un supuesto universal de belleza y un sentido femenino natural del deber respecto al bienestar de la familia. La asociación entre consumo y femineidad convierte a las mujeres en consumidoras de sí mismas: las mujeres son objeto de consumo para su propia compra de belleza, de indumentaria, de tecnificación y modificación de su cuerpo, de corrección de la obra de la naturaleza; se sustituye el cuerpo recibido por el cuerpo construido, el cuerpo vivido es ahora el cuerpo mercancía actualizado. Y es un cuerpo para el goce que entonces tiene que ser normalizado y domesticado. El imperativo del goce crea una moral emocional y festiva, donde los valores éticos deben su legitimidad a un carácter lúdico de complacencia, que da lugar a una felicidad substitutiva y efímera. Los valores éticos se equiparan a valores estéticos.

Otro rasgo del ambiente sociocultural de la globalización es que la división-separación entre lo público y privado se acentúa; se exagera el consumismo y, en consecuencia, se sobrevalora el ámbito productivo respondiendo al esquema binario de público-“masculino” y privado-“femenino”. El consumo se presenta como el único nexo visible entre la vida privada y la vida pública, y aunque el consumo está modelado y formado por la oferta que se transmite a través de los imaginarios propuestos por la mediática, aparece como una actividad al servicio de la vida privada, donde lo público se coloca al servicio de lo privado. Con esta coartada ideológica, que oculta la producción de vida que se realiza en el hogar para mostrarlo como un simple centro de consumo y que determina una incorporación al trabajo diferenciada por sexo, la globalización capitalista neoliberal, por un lado, empobrece más a las mujeres que a los hombres y, por otro, necesita urgentemente la integración

de las mujeres a la producción, para que se vuelvan consumidoras. En América Latina, durante los noventa, creció la participación femenina en el trabajo mientras crecía el trabajo informal. La incorporación de las mujeres al trabajo ha sido más rápida y fácil en el sector informal, ocupaciones no reglamentadas, sin derechos laborales, sin contrato de trabajo y en condiciones precarias, mientras que se continúa con las responsabilidades domésticas. Sólo las mujeres de las clases latinoamericanas privilegiadas pueden liberarse un poco del yugo doméstico contratando ayudantas pertenecientes a los estratos más pobres.

Mientras tanto, los Planes de Ajuste y de liberalización y flexibilización que eliminaron servicios sociales y produjeron desocupación en pos del objetivo de “éxito mercantil” tuvieron como víctimas principales a las mujeres latinoamericanas pobres. La pobreza fue adquiriendo rostro de mujer latinoamericana, en su triple discriminación de género, clase y etnia. La “feminización” de la pobreza es un proceso direccional que muestra a las mujeres como principal colectivo afectado. Varios fenómenos han ido en aumento: el grupo “Madres solas jefas de hogar”, que tiene gran debilidad económica; una proporción creciente e importante de embarazo a temprana edad, con la consecuente vulnerabilidad económica (Kliksberg, 2002); la feminización de los flujos migratorios hacia los países centrales de la economía y su inserción en los circuitos alternativos (industria matrimonial y del sexo, servicios domésticos y de cuidados, trabajo informal, etc.). La feminización de la migración es también una estrategia de resistencia de las mujeres ante las situaciones de pobreza y exclusión impuestas a gran parte de la población de estos países. Saskia Sassen (2003) llama la atención sobre las mujeres que integran las que llama “clases de servidumbre”, dedicadas a realizar trabajos domésticos y de cuidado que son base de apoyo a la producción eficiente en los países centrales. En las ciudades globales de todo el mundo existe un ejército de servicio formado principalmente por mujeres emigrantes de los países pobres.

En el orden mercantil del capitalismo neoliberal individualista se considera a la maternidad como una limitación o impedimento, y se la coloca entre las principales causas para convertir a las mujeres en mano de obra barata y precaria. Las mujeres de América Latina se incorporaron al trabajo durante el siglo XX, pero el ingreso laboral de las mujeres en la región es apenas el 70% del masculino. En el documento de la CEPAL de agosto de 2007, sobre “El aporte de las mujeres a la igualdad en América Latina y el Caribe”, se muestra cómo la obligación cultural del trabajo doméstico es la principal limitación de las mujeres para la participación, y esta obligatoriedad las somete a la sobreexplotación laboral, cumpliendo doble y triple jornada. La Escuela de Chicago

planteó la economía de la fertilidad², que significa preguntarse “qué prefiero comprar, un auto o un niño/a”. Es verdad que el hecho de que las mujeres cuenten con un empleo les da independencia económica, pero ello no las lleva automáticamente a librarse de las ataduras que les impone una sociedad de dominación masculina, ni deconstruye al logos falocéntrico.

Sostiene Louise Vandelac (2005) que la economía ignora la actividad doméstica para sacar mejor provecho de ella. Así, la esfera doméstica constituye el punto de apoyo invisible, su doble y su contrario, y ello permite conceptualizar y articular el tiempo de trabajo, el de salario y el de trabajador/a libre. Pero en las sociedades mercantilizadas los procesos de reproducción de la vida humana se hacen cada vez más invisibles, aunque con la industrialización y el desarrollo del sistema capitalista no se alterará la función básica de los hogares como centro de gestión, organización y cuidado de la vida.

Por otra parte, todo recorte en el gasto social del Estado tiene como efecto el incremento del trabajo gratuito que realizan las mujeres en el marco familiar, mientras que las políticas que aumentan el gasto público reducen el trabajo gratuito de las mujeres, fundamentalmente porque el Estado se hace cargo de tareas reproductivas o porque el empresariado asume algunas cargas, como los permisos por maternidad.

Con bastante mala fe, el Estado redefine y expande lo “privado” para así invisibilizar los costos de desplazamiento de la economía remunerada a la no remunerada. La necesidad de alargar el salario para poder hacer frente a las necesidades básicas implica casi siempre un incremento del trabajo doméstico: más necesidad de cocinar, cambios en los hábitos de la compra, entre otros. En resumen, el crecimiento del trabajo gratuito de las mujeres en el hogar. Este hecho es el resultado directo de los recortes de las ayudas sociales por parte del Estado, pues aquellas funciones de las que el Estado abdica (salud o nutrición, entre otras) vuelven a recaer invariablemente en la familia y nuevamente son asumidas por las mujeres, del mismo modo que antes de que se aplicaran políticas sociales.

En Latinoamérica –como en otras partes del mundo pobre– el aporte de las mujeres es indispensable para mitigar la pobreza, tanto si perciben ingresos monetarios como si hacen un aporte no remunerado al hogar. Pero ocurre que los trabajos reproductivos, tanto en el hogar como en la comunidad, donde la mayoría de los que realizan trabajo

² Para Gary Becker (1960; 1987), los hijos pueden ser considerados bienes de consumo. El autor explica que si aumenta la renta familiar, crece el costo del tiempo dedicado a los hijos y por lo tanto disminuye su demanda.

comunitario voluntario son mujeres, constituyen un “impuesto reproductivo” que permite un ahorro en gastos de salud, y en cuidado de los niños y de los miembros familiares de la tercera edad (CEPAL, 2007).

En 2004, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) afirmó que en América Latina el 80% de los cuidados de salud a personas con enfermedades crónicas o discapacitantes son realizados por las mujeres en el ámbito del hogar. Una fuerza de trabajo femenina que –aunque no sea considerada como tal– paradójicamente sostiene la salud de miles de personas en todo el mundo. Se trata de un trabajo invisible que, al menos en la región, tendrá cada vez más demanda, porque se calcula que en poco más de una década habrá 100 millones de adultos mayores en América Latina, necesitando de apoyo y asistencia para cuidar su salud.

Las cifras demuestran claramente que este cuidado de la salud tiene ribetes domésticos y revela una clara discriminación de género. Según afirma María de los Ángeles Durán (2000) en *Los costes invisibles de la enfermedad*, más de la mitad de las enfermedades se resuelven sin salir del ámbito doméstico y con los recursos que proporciona el hogar, es decir, las solucionan las mujeres como parte de sus tareas domésticas.

El mercado mundial de trabajo muestra una creciente diferenciación entre una capa de trabajadores mayoritariamente varones altamente cualificados con ingresos altos y una “periferia” creciente excesivamente representada por mujeres e inmigrantes con empleos no permanentes, subcontratados, bajo condiciones laborales precarias y con ingresos bajos e inestables. Se muestra claramente cómo el trabajo de las mujeres, en especial el de las mujeres pobres, se inserta en las “cadenas globales de cuidado”, que implican la migración y transnacionalización del trabajo doméstico. Saskia Sassen (2003) insiste en la idea de que los circuitos informales de la economía no son sino la contrapartida de los modernos: existe complementariedad entre las transformaciones estructurales provocadas por las actividades económicas de los nuevos sectores en crecimiento (los servicios especializados y las finanzas) y los circuitos de supervivencia cuyas fundamentales protagonistas son mujeres.

La feminización de la pobreza ha dado lugar a la “feminización de la sobrevivencia”. La necesidad de simplemente sobrevivir hizo surgir el modelo de trabajadoras “genéricas” (flexibles, con capacidad de adaptación a horarios y a distintas tareas, sustituibles por otra que acepte las condiciones de sobreexplotación), que es la nueva definición de las “idénticas”, aquellas que no gozan del derecho a la individuación y que aparecen como indiscernibles en la maquila o en otros procesos tayloristas. Los dos sistemas hegemónicos –patriarcado y capitalismo neoliberal– han pactado nuevos y más amplios espacios de trabajo para

las mujeres, que se concretan en nuevos ámbitos y formas de explotación económica y doméstica. Migración laboral, tráfico y prostitución son, cada vez más, salidas forzadas en el mundo entero para la supervivencia de miles de mujeres.

La transferencia de trabajo vivo hacia las economías estadounidense y europeas ha sido un componente central del colonialismo y el imperialismo. Allí se observa que en las migraciones de indocumentados hay cada vez más mujeres. Sobre las espaldas de estas mujeres vulnerables, que son vistas siempre como “de bajo valor agregado”, se han generado arquitecturas no sólo para la supervivencia de sus hogares sino para la supervivencia de los gobiernos de donde ellas vienen y hacia los que envían sus remesas (Sassen, 2003). El trabajo subvaluado de mujeres migrantes de poca educación constituye hoy la infraestructura concreta para el sector profesional estratégico de gestión de los países centrales.

Estas interrelaciones de la “estructura del cuidado”, que permite el mantenimiento y la reproducción ampliada de la vida, y la “estructura del beneficio”, que impulsa la producción en el capitalismo tardío de consumo, se apoyan: el beneficio no podría darse sin el cuidado; sin embargo, aquel lo invisibiliza y lo somete a su propia lógica. Existe tensión entre dos objetivos contradictorios, la obtención de beneficios por una parte y el cuidado de la vida humana por otra. Es decir, en el capitalismo global la lógica del cuidado se subordina a la lógica del beneficio. El telón de fondo de estos fenómenos sociales es la crisis de un modelo de bienestar que se había gestado tras la Segunda Guerra Mundial (Cobo, 2005).

El cuidado se mide en una dimensión de valor no mercantil. La dimensión del valor que no se relaciona con el precio ni tampoco con estándares de tiempo mercantilizado. Tiene que ver con la atención y el cuidado mutuo, con determinados aspectos del trabajo que aportan satisfacción y bienestar individual, familiar o social que en el mercado no encuentran equivalente. Se trata de una noción del valor que contribuye a generar una riqueza que, en lugar de vincularse a crecimiento, se asocia a bienestar y desarrollo. Es un problema estructural de las políticas; por eso todas las políticas deben ser evaluadas a nivel de las condiciones de vida desde una mirada feminista, para que se reconozcan la multidimensionalidad del ser humano y las diferencias del ciclo de la vida.

Habitualmente tiende a olvidarse que las necesidades humanas son de bienes y servicios pero también de afectos y relaciones. Necesitamos alimentarnos y vestirnos, protegernos del frío y de las enfermedades, estudiar y educarnos, pero también necesitamos cariños y cuidados, aprender a establecer relaciones y vivir en comunidad. Y esto

requiere algo más que sólo bienes y servicios. Las necesidades humanas tienen lo que podríamos llamar una dimensión más objetiva –que respondería más a necesidades biológicas– y otra más subjetiva que incluiría los afectos, el cuidado, la seguridad psicológica, la creación de relaciones y lazos humanos, etc., aspectos tan esenciales para la vida como el alimento más básico. Esta actividad –al cuidar la vida humana– es el nexo entre el ámbito doméstico y la producción de mercado. La producción capitalista se ha desligado del cuidado de la vida humana y pretende ser –en mala fe– un proceso paralelo y autosuficiente.

En nuestras sociedades actuales, se acostumbra a pensar en cinco grandes categorías para el uso del tiempo: tiempo de necesidades personales, tiempo de trabajo doméstico, tiempo de trabajo de mercado, tiempo de participación ciudadana y tiempo de ocio. Cada uno de estos tiempos presenta distintos grados de flexibilidad, sustituibilidad o necesidad. En el capitalismo, el tiempo de trabajo como fuente importante de la obtención de beneficio es considerado un “recurso escaso” y se mercantiliza, es decir, asume la forma de dinero. En tanto, los otros tiempos no significan obtención de dinero, de allí que sean vistos como sin valor, a pesar de su importancia para la calidad de vida.

Son la calidad de vida y el uso del tiempo las realidades que delimitan desigualdades entre las mujeres: “concretas y brutales desigualdades que el neoliberalismo ha ido profundizando y construyendo entre nosotras, a lo que la crisis capitalista significa para las mujeres que no tienen pan, ni trabajo, ni salud, ni educación, ni derechos, a los sinuosos caminos en la conquista de mínimos avances legales, a los procesos a través de los cuales los derechos, la mayor parte de las veces, lo son para pocas, y en esa medida no son sino privilegios” (Ciriza, 2006: 45). Mientras que algunas mujeres –muchas más en los países centrales que en los periféricos– lograron entrar en los circuitos cosmopolitas globales, otras –las más– quedaron más excluidas de los beneficios que los avances científicos y socioculturales podían proporcionar. Esto supuso la generación de contrageografías de supervivencia feminizadas, como contracara necesaria de los estragos producidos por el endeudamiento externo, además de la apelación a las mujeres en su condición de madres, hijas y hermanas, es decir, como depositarias del encargo social de cuidado de la vida humana frágil ante las políticas de ajuste y la retirada del Estado, sin que ello suponga el reconocimiento de derecho alguno³.

3 Otras brechas excluyen a las pobres: por ejemplo, el desigual acceso de las mujeres a la salud, especialmente a la reproductiva –uno de los puntos decisivos en el proceso de ciudadanización de las mujeres–, constituye un indicio de la dirección en la que avanza el capitalismo: la mercantilización y privatización de los derechos, transformándolos en objetos de consumo. La manera en que se pueden gozar los derechos sexuales y repro-

Marcela Lagarde (1999) postula que son tres las características identitarias de las mujeres latinoamericanas de comienzos del siglo XXI: el *sincretismo*, la *diversidad* y la *transición*. El *sincretismo* de la identidad femenina está presente en la sexualidad, el amor, la vida doméstica y la vida pública, el trabajo y las maneras de participación. Se concreta en poseer atributos modernos y, al mismo tiempo, ser objeto de valoraciones premodernas. Aunque seamos sabias, especialistas y expertas en cualquier campo de la técnica, la ciencia, la espiritualidad, cualquiera se siente con la legitimidad para negar nuestro saber y nuestra calidad. Somos colocadas en el lugar simbólico y práctico de la ignorancia y la irracionalidad, aun por quienes nada saben. A través de las ideologías patriarcales se tiende un velo para que no podamos vernos. Se supone lo femenino como inaprensible, desconocido y oculto. El misterio de la feminidad coexiste con la eficiencia de la supermujer moderna en su triple jornada de trabajo.

Mujeres modernas individualistas y patriarcales se ajustan a la exigencia de perfección subordinada (estudio y trabajo, éxito y belleza, en la competitividad rival), sobrevaloran la inteligencia, la astucia y la capacidad de salir adelante, pero persiste en ellas la entrega de pareja, familiar o a una causa moderna (el trabajo, la política, la empresa). Quienes para enfrentar los conflictos de la escisión se mueven a favor del éxito de manera acrítica, apuntalan la modernidad individualista y modelos y relaciones de género patriarcales actualizados. Asertividad y obediencia coexisten en este camino y las mujeres se adaptan como seres satelitales elegidas por méritos propios, ligadas al éxito, la jerarquía y el ascenso en plena identificación con la norma patriarcal.

El sincretismo de género en condiciones neoliberales ha producido una pauperización relativa y absoluta de las mujeres. Las ideologías neoliberales descalifican la queja y la victimización de las mujeres y exigen éxito y disfrute en el empeño. Muchas se sienten fallidas por no ser perfectas o no soportar la carga.

La *diversidad* se relaciona con la complejidad de la condición de género. Resulta de la conjugación de estereotipos de ser mujer que cada una integra, repele, desarrolla y modifica a lo largo de su biografía. En la lucha contra el patriarcado, las modernas disidentes, las feministas, inauguraron un nuevo horizonte cultural en América Latina; es una lucha por hacer que la modernidad cumpla sus principios éticos en lo que respecta a las mujeres.

En otras latitudes, la modernización ha simplificado la condición de género de las mujeres porque trasladó algunas de sus tareas al

ductivos tiene una fuerte determinación de clase (y de etnia); la mortalidad por aborto de las más pobres es una de sus consecuencias más graves.

tejido social y al Estado, con la elevación de la calidad de la vida. En cambio, para las latinoamericanas enmarcadas en una modernidad raquítica y subdesarrollada, la modernidad ha significado la ampliación de la condición de género con la superposición y suma de actividades, funciones, responsabilidades, espacios, formas de comportamiento, actitudes y lenguajes, y capacidades subjetivas. Esta ampliación de género es una marca de semejanza entre las latinoamericanas y, en comparación con mujeres de otros sitios, resulta una verdadera marca de identidad. Como es evidente, sobrevivir en condiciones de escasez sin plenos derechos y múltiples retos hace de la innovación de la vida una marca distintiva de las identidades modernas de las mujeres latinoamericanas (Lagarde, 1999).

Aunque existen obvias diferencias de clase, las mujeres comparan en forma universal las realidades concretas de alimentar, albergar y cuidar a sus hijos. Experimentan una matriz doméstica similar constituida por interacciones masculinas/femeninas con dimensiones emocionales y materiales. Los problemas comunes de la vida diaria les permiten a las mujeres comunicarse en términos concretos, aunque los cruzamientos de género con clase y etnia producen diferenciaciones de situación, poder y visión al interior de las mujeres.

Aquí se abre el primer interrogante: ¿qué capacidad tienen las mujeres para influir en las nuevas estructuras de realidad que se están creando y en qué medida podemos modificar los nuevos escenarios sociales que se están configurando en esta nueva época marcada por la globalización? Desde el feminismo debemos reflexionar sobre el papel y el espacio social que este nuevo mundo globalizado ofrece a la mitad de la humanidad. En este momento histórico, es crucial producir conocimiento y reflexiones feministas que iluminen los nuevos hechos sociales que se están gestando y que afectan las vidas de las mujeres. Sin embargo, toman forma versiones *light*, que impulsan cambios acotados por el sistema; se convoca a las mujeres con el anzuelo del género pero sin la política de género. El verdadero feminismo, el feminismo radical en la política y en la vida de las mujeres en el umbral del milenio en América Latina, es garantía e imperativo para la real emancipación, porque la lucha de las mujeres contra el patriarcado ataca el fundamento de la dominación, sobre la que se afirma el capitalismo, en todas sus formas y versiones.

EL FEMINISMO LATINOAMERICANO

El feminismo latinoamericano contemporáneo, que se formó a partir de los setenta y se fue desarrollando en los ochenta, es un movimiento de descontento con lo “cotidiano” y respecto al “así son las cosas”, que saca a la luz la dominación y las relaciones de poder en lo personal y

privado, en las que se funda la dominación social. La visión anticapitalista y antiimperialista y la formación marxista fueron constantes de la mayoría de las feministas. El movimiento se fue conformando como un movimiento de oposición a la opresión patriarcal, que es también fundamento de la opresión social capitalista. El feminismo como utopía y movimiento emancipador plantea unos cuantos desafíos a las ideas de transformación, los valores que promueven y la visión de justicia y humanismo en la que se basan.

El aporte más importante de la teoría feminista a la construcción de una ética política liberadora es la idea de que “lo personal es político”: pensar y actuar en el espacio personal tiene implicaciones políticas a todos los niveles. Aseguraba Kate Millet (1970) que “la revolución no debe reducirse a una reestructuración política o económica”, sino que ha de trascender estos objetivos mediante “una verdadera reeducación y maduración de la personalidad”. Lo personal representa tanto un proyecto político como un espacio político. Para el feminismo de los setenta, la construcción de la identidad se producía a través de la concienciación que fue una técnica fundamental alrededor de la cual se construyeron los feminismos contemporáneos.

El feminismo latinoamericano de fines de los setenta cuestiona la vida cotidiana y surgen organizaciones de mujeres que combaten su subordinación, algunas definiéndose como grupos feministas y otras al interior de partidos políticos y sindicatos. Todas fueron teniendo cada vez más puntos de intersección y confluencia; fueron acercándose en una visión subversiva de la dominación en lo cotidiano, como base de la dominación sociopolítica, y buscando el cambio social. Desde el comienzo, las feministas promovieron “la transformación de largo aliento, y un compromiso por unir las luchas por la transformación de las subordinaciones de las mujeres con las transformaciones de la sociedad y la política” (Vargas, 2002: 45). Las feministas latinoamericanas lucharon por la recuperación de la democracia y por su ampliación hacia el espacio privado. El feminismo latinoamericano no se redujo a la pretensión de reparar una injusticia, sino que apuntó a una reconsideración de la convivencia y la sociedad.

Durante la década del ochenta, en el feminismo latinoamericano se van produciendo sucesivos reagrupamientos y cambios de visión; los pequeños grupos de reflexión-acción se van transformando en organizaciones académicas, se logra la penetración en instituciones gubernamentales y algunas nuevas legalidades que contemplan demandas básicas (democratización de la familia, protección laboral, etc.); comienza, a partir de estos momentos, la etapa de las organizaciones no gubernamentales. El feminismo latinoamericano durante los ochenta y noventa va recorriendo el camino de la insubordinación a la institucio-

nalización (D'Atri, 2005). En algunos casos, este camino fue favorecido por el desmantelamiento de programas sociales gubernamentales, y su sustitución por financiamiento a las ONG que se convirtieron en vehículo privilegiado de las políticas sociales. Muchas ONG de mujeres se transformaron en una mano de obra económica y flexible para llevar a cabo proyectos focales de asistencialismo.

A lo largo de la década del noventa, los feminismos se enfrentaron a un movimiento “en transición” hacia nuevas formas de existencia, que comenzaron a expresarse en diferentes espacios y con distintas dinámicas: desde la sociedad civil, desde la interacción con los Estados, desde su participación en otros espacios políticos o movimientos, desde la academia, desde el llamado “sector cultural”. Otras, añadiéndose a cualquiera de estos espacios, lo hacen desde sus identidades específicas: negras, lesbianas, indígenas, jóvenes. Otras, desde temas específicos, alrededor de los cuales se generan núcleos y movimientos y redes temáticas de carácter regional (salud, derechos humanos, violencia, entre los más desarrollados). Y desplegándose a niveles locales, nacionales, regionales y/o globales, desplazándose hacia dos áreas principales de institucionalización de las prácticas y saberes ganados por las mujeres: las ONG y los estudios de género en las universidades (Vargas, 2002).

El feminismo académico, por ejemplo, se propone comprender el mundo pero también transformarlo, manteniendo una permanente acción social. Se procuran unidades coyunturales entre diversas vertientes del movimiento de mujeres, en luchas específicas e impulsando la participación en eventos internacionales. Se llega a pensar que toda presencia femenina en la vida pública habla ahora de una especie de preocupación programática por lo femenino. Se elabora el concepto de “perspectiva o enfoque de género”, como carga histórico-cultural, que tuvo la utilidad de visibilizar y hacer comprensible la menor valoración de los roles femeninos en nuestras sociedades. La perspectiva de género se aplica a las políticas públicas; se utiliza para analizar las relaciones sociales.

En las políticas públicas y en las agencias internacionales para el desarrollo, en los años setenta y ochenta se sucedieron, primero, el enfoque mujer en desarrollo (MED), basado en políticas “antipobreza”, que adolecía de una falta de crítica a la división sexual del trabajo y de los roles entre hombres y mujeres, y, posteriormente, el enfoque de eficiencia, que reconocía el potencial carácter de microempresarias de las mujeres o su papel como mano de obra industrial o agrícola, pero que sin embargo se olvidaba por completo de las necesidades de cambio social. Solamente se pretendía integrar a las mujeres de una manera funcional a la producción, sin cuestionar ni el modelo de desarrollo ni la división sexual y social del trabajo; la incorporación de las mujeres

latinoamericanas al desarrollo, con un enfoque meramente productivista, era vista como parte necesaria de la modernización social.

El enfoque del empoderamiento (*empowerment*) surge a finales de los ochenta como respuesta a las insuficiencias de los anteriores y puede resumirse en aumentar el reparto y el acceso de las mujeres al poder, con especial énfasis en la mejora de su posición social y aumento de la autoestima como persona. Mediante el mismo se pretende fomentar una mayor autonomía física (sexual/fertilidad), económica (acceso y control de los medios de producción), política (autodeterminación y participación en el poder) y sociocultural (identidad propia y autorespeto) de las mujeres. Este último enfoque también es denominado género en desarrollo (GED), que tiene su objetivo en “cuestionar el modelo de desarrollo dominante con la alternativa de un desarrollo humano sostenible y equitativo”. El concepto de empoderamiento surge en las organizaciones populares, entre ellas, las organizaciones feministas, y de ser un concepto pasa a ser un enfoque de trabajo útil para el análisis y la planificación en el desarrollo.

El feminismo, como idea de transformación, fue siendo incorporado (cooptado, dicen algunas) a lineamientos de acción internacionales, lo que dio lugar a la “expertización” de muchas militantes. A partir de los noventa, se fueron manifestando dos vertientes en los movimientos de mujeres: un feminismo profesional, de expertas, a la sombra de convenios internacionales; y un “feminismo popular” (feministas socialistas, mujeres cristianas y ex militantes de partidos de izquierda) que privilegió el trabajo con las bases del movimiento amplio de mujeres (Lamas, 2005; Rakowski y Espina, 2007). Ambos conjuntos con entrecruzamientos y alianzas, pero también con profundas diferencias de ópticas y objetivos.

Victoria Sau Sánchez (2000) hace un llamado de alerta describiendo el feminismo de principios del siglo XXI:

Mientras una parte del feminismo se pregunta, individual y cómodamente recostada en el diván, “¿quién soy yo?”, y otra parte busca afanosamente la referencia necesaria para una nota a pie de página que acredite como fiable su trabajo, y otra se lanza a la diversidad sexual para demostrar –todavía hay que demostrar– que se es libre (pero sigue sufriendo de mal de amor, porque cambian ellas pero no ellos), y otra aún “se moja” apuntándose a la política activa, he aquí que el mundo revienta de pobreza: millones de criaturas, nacidas de mujer, se asoman a un modelo de sociedad que les reserva una cuna de espinas; las pruebas nucleares dejan su huella de muerte en la tierra para dos mil quinientos años; las guerras siembran el

odio que garantiza su continuación una generación más adelante; hay que mendigar el trabajo; la inteligencia se frena con la falta de oportunidades.

Sin embargo, si bien algunas feministas se conformaron con solamente formar parte de una tecnocracia de organismos multilaterales, y muchas ONG fueron simples plataformas para el lanzamiento de carreras personales⁴ (D'Atri, 2005), muchas otras participaron en la resistencia y el combate contra la globalización y sus exclusiones.

La “profesionalización de la causa feminista” fue una de las formas en que el feminismo se manifestó en Latinoamérica, a la sombra de los fondos cooperativos para la lucha contra la pobreza. Fue un camino propio y es un hecho verificable que forma parte de la historia, en contraste con otras experiencias y formas de organización que se dieron en otras latitudes. La “identidad híbrida” de estas organizaciones, que eran al mismo tiempo centros de trabajo y espacios de “movimiento”, es una característica que podría ser considerada una fortaleza, que con facilidad puede dar lugar a la desactivación de confrontación y los objetivos de largo aliento.

Sin embargo, el feminismo latinoamericano de hoy está recuperando su radicalidad como aporte para la verdadera emancipación social. La participación de las feministas en las movilizaciones mundiales contra cada una de las cumbres de gobiernos imperialistas, organizaciones multilaterales y otras reuniones donde se definen, en gran medida, los destinos de la humanidad es un hecho novedoso de los años recientes. Las feministas latinoamericanas (la gran mayoría profesionales educadas de clase media) están reconociendo la diversidad de mujeres pobres, indígenas y negras, en las que la colonialidad marcó una sumisión y discriminación más feroz. Se va haciendo fuerte un feminismo latinoamericano con perspectiva de clase y etnia.

América Latina explora formas para construir una convivencia más humana. Las mujeres hemos sido víctimas pero también combatientes por esta sociedad, que no podrá ser nueva sin pagar la deuda histórica civilizatoria de género. La teoría feminista latinoamericana plantea un imperativo ético para construir una opción por un modo de poder sin dominación y una convivencia basada en solidaridad y cuidado humano para la reproducción de la vida. Las diversas manifestaciones de dominación, tales como la esclavitud, la servidumbre, la explotación, la alienación y la colonización, han sido posibles porque hay un modelo que subyace a todas: el de la dominación de un sexo

⁴ El neoliberalismo, a través de estos y otros mecanismos, despolitizó a los movimientos sociales (incluso al feminismo).

sobre otro. Si no desaparece la inferiorización de la mujer es posible que sigan cambiando las formas de explotación, pero no desaparecerán, porque la dominación continúa instalada en la subjetividad.

En la práctica, el feminismo latinoamericano se hace visible con tres expresiones notorias: la *profesionalización*, mediante financiamiento de grupos institucionalizados que abordan temas específicos (salud, educación, violencia), con cabildeo político de demandas; la *legitimación* –académica y política– de la perspectiva de género, con la proliferación de programas de estudio, cursos, coloquios, publicaciones, foros e investigaciones; y la *consolidación*, en el ámbito público, de un discurso mujerista que recoge, a pesar de todo, muchas preocupaciones y aspiraciones feministas.

Pero sigue buscando e intentando articular las bases naturales del movimiento que son las mujeres de los sectores populares, quienes, a su vez, responden a intereses políticos partidarios y de otros movimientos, como el urbano popular. A pesar de la filtración de las dimensiones políticas y filosóficas del feminismo en la vida cotidiana, no hay aceptación política del movimiento entre amplios sectores de mujeres. A esto se suma una seria crisis generacional: las militantes feministas son generalmente mujeres de entre 40 y 55 años. La ausencia de juventud puede interpretarse como resistencia de las jóvenes ante formas organizativas que no consideran propias, y también a cierta ineficacia política de las feministas, al no favorecer su discurso la participación de otra generación. Sin embargo, la convocatoria del feminismo ha movilizado con gran eficacia política a un grupo de escritoras, artistas, funcionarias y políticas destacadas. Por eso la escasa fortaleza numérica del movimiento contrasta con su destacada presencia simbólica.

La mirada de género acerca de las relaciones sociales entre las clases y entre los sexos es profunda y radicalmente cuestionadora del poder que sobre ellas se levanta, se asienta y se reproduce día a día. Este cuestionamiento –condición *sine qua non* de cualquier intento de reconsiderar el sujeto social y político de las transformaciones– va más allá del reconocimiento de la ampliación de su composición (clase, pueblo/s), y apunta claramente a reevaluar el carácter (político, social, económico, cultural, etc.) de quienes lo integran. El feminismo latinoamericano demanda una categorización de las mujeres como sujetas de la acción política transformadora.

El feminismo latinoamericano está confluyendo y retomando su radicalidad para transformar la realidad de un continente, incorporándose a la lucha global por un mundo verdaderamente nuevo que no lo será sin nosotras. Para Marcela Lagarde (1999) el poder resignificado feministamente en la práctica política de millones de mujeres duran-

te décadas consiste en el poder de incidir, reorientar, transformar, inventar formas de convivencia y acceder a satisfactores; es el poder de preservación del mundo y creación de futuro desde la perspectiva de la buena vida.

Para Marta Lamas (2006), hoy se está abriendo la posibilidad de una política de izquierda como coalición de diversidades, que renuncie al reclamo identitario, esencialista y excluyente, y apunte a un futuro donde el respeto a los derechos sexuales y reproductivos sea un eje fundamental de ejercicio democrático y republicano. En este horizonte el papel del feminismo, desde sus distintas posiciones, es clave e imprescindible.

Se mantiene y se renueva la utopía feminista de sentirse parte de una izquierda, de ser una instancia crítica de izquierda a la izquierda por una búsqueda de socialismos libertarios, con proyectos de transformaciones político-culturales en el interior de las relaciones sociales de los seres humanos y de estos con el medio ambiente. Los temas de la emancipación vital han sido puestos a debate por las feministas; entre otros, el valor del trabajo doméstico de cuidado y reproducción, y el papel de los afectos en la construcción de sujetos políticos. Han llamado la atención sobre el lugar de los poderes en las prácticas de la vida cotidiana (León, 2005), al tiempo que han conseguido alguna representación en poderes ya constituidos.

La utopía más radical de un socialismo humanista necesariamente debe tener en cuenta las dimensiones de clase, raza, género, opción sexual y otras demarcaciones que se traducen en discriminaciones e injusticias sociales. El reto del feminismo latinoamericano es lograr una alianza duradera entre el feminismo, las organizaciones populares, las activistas dentro de las organizaciones no gubernamentales, los partidos políticos, las instituciones estatales, la universidad y todos los movimientos sociales emancipatorios.

Para esto, entre las tareas prioritarias que debe emprender el feminismo latinoamericano está la promoción y clarificación de una propuesta ética feminista, que sirva de base a una nueva lógica social. Un punto de partida necesario es la visibilización de que, así como lo público excluyó a las mujeres, en las sociedades mercantilizadas la mano invisible del mercado ocultó la reproducción ampliada de la vida, base necesaria para el funcionamiento social. Frente a esta lógica mercantil imperante, la convocatoria es para recuperar y reformular la lógica del cuidado. Un cuidado puede formularse como modo de hacerse cargo de los cuerpos opuesto a la lógica de la seguridad que propugna contención, aislamiento y segregación; que busca la sostenibilidad de la vida y se basa en la cooperación, la interdependencia, el don y la ecología social.

Una ética feminista de la convivencia busca superar el modelo procesal y jurídico de las relaciones humanas, porque carece de la so-

lidaridad y de la profundidad necesarias para humanizar la sociedad. El aporte feminista del cuidado trae consigo la valoración de la afectividad como elemento mediador de las relaciones sociales en interdependencia. Esta línea ética lleva a posiciones políticas que conducen a transformaciones reales de la cotidianeidad.

Desde el feminismo latinoamericano, se propone una “ética del cuidado” como un valor público para la construcción de ciudadanía. La transformación y emancipación social requieren de la inoculación de virtudes privadas en el ámbito público. La “conciencia ética” exige oír-la-voz-del-Otro, y con responsabilidad atender sus necesidades. El cuidado se propone como responsabilidad social y no mera elección individual. El norte del cambio ético será la construcción de una “sociedad del cuidado”, no como receta para mujeres sacrificadas, sino como asunto para la transformación social radical.

Cambiar el centro de nuestros objetivos sociales nos cambia la visión del mundo: la lógica del beneficio se subordinaría a la ética del cuidado. O la sociedad se organiza teniendo como referencia las exigencias de los tiempos de cuidados, o se organiza bajo las exigencias de los tiempos de la producción capitalista. Los horarios y jornadas laborales deberían irse adaptando a las jornadas domésticas necesarias y no al revés, como se hace actualmente. Los tiempos mercantiles tendrían que flexibilizarse, pero para adaptarse a las necesidades humanas. Se trata de poner en el centro la sustentabilidad de la vida humana. En este punto de vista, el cuidado, las relaciones afectivas y personales, los sentimientos, se proponen como elementos importantes en la actividad humana a todos los niveles, algo que es sin duda una gran aportación a las teorías y a las prácticas emancipatorias.

América Latina busca disminuir la pobreza y construir una convivencia más humana. Las mujeres hemos sido víctimas pero también combatientes por una sociedad que no podrá ser nueva sin pagar la deuda histórica civilizatoria de género, incorporando los femeninos saberes ocultos y desvalorizados. La teoría feminista latinoamericana plantea un imperativo ético para construir una opción por un modo de poder sin dominación y una convivencia basada en solidaridad y cuidado humano para la reproducción de la vida. El feminismo se propone la transformación de la propia estructura de los sistemas de dominación, en la lucha por la autonomía y la igualdad real de todas las personas en armonía con su entorno. De esta manera, el feminismo latinoamericano se articula como lucha emancipatoria con los movimientos sociales de nuestros pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth 2003 *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* (Barcelona: Paidós).
- Becker, Gary 1960 "An economic analysis on fertility" en Coale, A.J. *Demographic and economic change in developed countries* (Princeton: Princeton University Press).
- Becker, Gary 1987 *Tratado sobre la familia* (Madrid: Alianza).
- Bedregal, Ximena 2006 "Con mi feminismo mirando al sur" en <www.creatividadfeminista.org> acceso 20 de mayo de 2007.
- Carrasco, Cristina 2001 "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?" en *Mientras Tanto* (Barcelona: Icaria) N° 82, otoño-invierno.
- CEPAL 2007 "El aporte de las mujeres a la igualdad en América Latina y el Caribe", X Conferencia sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, Quito.
- Ciriza, Alejandra 2006 "Ciudadanas en el siglo XXI: sobre los ideales de la ciudadanía global y la privatización de derechos" en *Utopía y Praxis Latinoamericana* (Maracaibo: CESA/FCES/Universidad del Zulia) Año 11, N° 33, abril-junio.
- Cobo, Rosa 2005 "Globalización y nuevas servidumbres de las mujeres" en <www.mujeresenred.net/iberoamericanas> acceso 2 de agosto de 2007.
- D'Atri, Andrea 2005 "Feminismo latinoamericano. Entre la insolencia de las luchas populares y la mesura de la institucionalización" en <www.creatividadfeminista.org/articulos/2005/fem_05_atri.htm> acceso 11 de marzo de 2007.
- Durán, María de los Ángeles 2000 *Los costes invisibles de la enfermedad* (Madrid: Fundación BBVA).
- Espina, Gioconda y Rakowski, Cathy 2005 "Institucionalización de la lucha feminista/femenina" en *Venezuela: solidaridad y fragmentación, oportunidades y desafíos*. En <www.siyanda.org/docs> acceso 2 de agosto de 2007.
- Facio, Alda 1992 *Cuando el género suena, cambios trae* (ILANUD).
- Facio, Alda 2002 "Globalización y feminismo", IX Encuentro Feminista, Costa Rica.

- Follari, Roberto A. 1990 *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina* (Buenos Aires: Aique).
- George, Susan 1999 "Breve historia del neoliberalismo: veinte años de economía de élite y las oportunidades emergentes para un cambio estructural" en <www.rcci.net/globalizacion/llega/fg099.htm> acceso 20 de enero de 2007.
- Hopenhayn, Martín 1999 "Vida insular en la aldea global. Paradojas en curso" en Martín-Barbero, Jesús et al. (eds.) *Cultura y globalización* (Bogotá: CES/Universidad Nacional de Colombia).
- Kliksberg, Bernardo 2002 "La discriminación de la mujer en el mundo globalizado y en América Latina. Un tema crucial para las políticas públicas" en *Instituciones y Desarrollo* (Instituto Internacional de Gobernabilidad).
- Lagarde, Marcela 1999 "Claves identitarias de las latinoamericanas en el umbral del nuevo milenio" en Portugal, Ana María y Torres, Carmen *El siglo de las mujeres* (Santiago de Chile: Isis Internacional/Ediciones de las Mujeres) N° 28, octubre.
- Lamas, Marta 2005 "De la identidad de la ciudadanía. Transformaciones en el imaginario político feminista" en <www.mujeresenred.net/iberoamericanas> acceso 5 de agosto de 2007.
- Lamas, Marta 2006 *Feminismos: transmisiones y retransmisiones* (México DF: Taurus).
- León, Irene (ed.) 2005 *Mujeres en resistencia: experiencias, visiones y propuestas* (Quito: FEDAEPS/Marcha Mundial de las Mujeres/REMTE/Articulación de Mujeres CLOC/Vía Campesina/Diálogo Sur-Sur/LGBT).
- Lipovetsky, Gilles 2004 *El lujo eterno: de la era de lo sagrado al tiempo de las marcas* (Barcelona: Anagrama).
- Millet, Kate 1970 *Sexual politics* (Nueva York: Doubleday & Company).
- OPS/OMS 2004 *Observatorio de Recursos Humanos en Salud*.
- Pérez Orozco, Amaia 2002 "La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados" en *Textos de la Karacola*. En <www.sindominio.net/karakola/textos/trabajocuidado.htm> acceso 11 de marzo de 2007.
- Rakowski, Cathy y Espina, Gioconda 2007 "Institucionalización de la lucha feminista/femenina en Venezuela: solidaridad y fragmentación, oportunidades y desafíos" en Lynn Bolles, Augusta; Lebon, Natalie y Maier, Elizabeth (coords.) *De lo privado a lo*

público: 30 años de lucha ciudadana de las mujeres en América Latina (México DF: Siglo XXI)

- Santos, Boaventura de Sousa 1998 *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*, (Bogotá: Siglo del Hombre/ UNIANDES).
- Sassen, Saskia 2003 *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos* (Madrid: Traficantes de Sueños).
- Sau Sánchez, Victoria 2000 “¿Adónde va el feminismo?” en *Reflexiones feministas para principios de siglo* (Madrid: Horas y Horas).
- Vandelac, Louise 2005 “Economía feminista para ecologizar el mundo” en León, Irene (ed.) *Mujeres en resistencia: experiencias, visiones y propuestas* (Quito: FEDAEPS/Marcha Mundial de las Mujeres/ REMTE/Articulación de Mujeres CLOC/Vía Campesina/Diálogo Sur-Sur/LGBT).
- Vargas, Virginia 2002 “Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio (Una lectura político-personal)” en Mato, Daniel (comp.) *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (Caracas: CLACSO).